

Crónica de la XXI Conferencia Internacional de la IARPP en Atenas (Grecia)

Junio 19-22 del 2025

Compilada por Ignacio Blasco¹

Paulina Román, Claudia Morillo, María Hernández, Violeta Terol, Julia Fernández Ferri.

Crónica coral donde se invitó a participar a todas aquellas personas que acudieron al Congreso Internacional de IARPP celebrado en Atenas, Junio 2025. Se propuso elaborar a cada persona un texto personal sobre la experiencia vivida a lo largo de las jornadas y ponencias, donde cada participante tuviese la libertad de poder contar lo que considerara. El resultado es un collage de narrativas desde las distintas subjetividades que han participado.

PAULINA ROMÁN EXPECTATIVA VS REALIDAD

Siempre me entusiasma la idea de asistir a un congreso, conferencia o coloquio. Desde mi formación como psicóloga he estado presente en diferentes asambleas y encuentros, muchas veces apoyando desde la parte técnica o logística. Pero en los últimos tres años, mi participación ha cambiado; no sé si llamarlo “más activa”, pero ciertamente distinta ahora me toca exponer, compartir ideas, reflexiones y en este caso incluso algunas quejas.

Desde que anunciaron que Atenas sería la sede de esta conferencia, sentí una gran emoción. Era una ciudad que no conocía y que siempre me había resultado atractiva, no sólo por su historia, sino por lo que representa simbólicamente. Una cuna de pensamiento, de democracia, de grandes mitos, filósofos y científicos. Atenas evoca lucha, resistencia, héroes que se levantan. Todo eso parecía encajar con la intensidad del tema que abordaríamos este año, un tema que, como mencioné en mi trabajo, removería mucho y traería inevitablemente controversia.

Cuando comenté a familiares y amigos que iría a Grecia, la mayoría reaccionó con entusiasmo por las islas “las islas son preciosas, pero ¿Atenas? uy”. Y es cierto, mi mente no había hecho la distinción. La imagen de Grecia que muchos tenemos está mediada por Mama Mia, por el lujo de paisajes idílicos, no por la realidad urbana. Me propuse no buscar fotos antes de viajar;

¹ Blasco, I. (compilador). Fernández, J, Morillo, C, Hernández, M, Román, P, Terol, V. (2025). Crónica de la XXI Conferencia Internacional de la IARPP en Atenas (Grecia). *Clínica e Investigación Relacional*, 19 (2): . [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2024.190229

me gusta descubrir los lugares con los ojos limpios, vivir esa primera impresión sin filtro. Atenas me impactó. No la imaginaba así, en una misma calle podía sorprenderme con la Acrópolis al fondo, majestuosa e imponente, y unos pasos más adelante, sentir que caminaba entre ruinas vivas, un caos que de algún modo se sostiene. A veces me venía a la mente Tebas (con todo respeto para los atenienses) aquella ciudad caótica, invadida, destruida, olvidada, pero persistente.

Atenas me pareció así: profundamente viva. Llena de historia, de sabor en cada plato que probe, de capas que se superponen, una fiesta en cualquier rincón donde pudieras encontrar el eco de los antiguos dioses o una revolución reciente.

Hubo también momentos de conexión inesperada. Al escuchar un simple “Kalimera” reviví mis clases de etimologías del colegio, cuando me enseñaron griego (no me pregunten porque teníamos esa clase) Esa pequeña palabra me desbloqueó recuerdos, sensaciones, emociones. Y creo que esa fue la tónica de toda la conferencia para mí, conexión-desconexión, una ambivalencia constante.

Mi exposición fue el domingo a las 8:30 a.m., así que los primeros días los viví más ligera, con tiempo para instalarme y observar. Desde la llegada al hotel sede sentí algo distinto. El espacio no favorecía el encuentro: la recepción de gafetes estaba en un sótano, lejos de la luz, y los espacios comunes no permitían el intercambio espontáneo de otros años. Sentí a muchos en sus grupos, poco dispuestos a interactuar, como si evitáramos mirarnos demasiado.

Claro, había una tensión en el aire. Colegas de Palestina, Israel e Irán no pudieron asistir debido a los conflictos en la región y el cierre del espacio aéreo. Desde el avión ya se sentía algo... contenido. El congreso estaba atravesado por eso. ¿Cómo hablar de conflicto cuando el conflicto está ahí, sin poder ser nombrado del todo? ¿Cómo abrir espacios para las diferencias cuando el dolor y el miedo aún están vivos?

Y ahí me encontré: dividida. Todo el tiempo. Entre la emoción de estar ahí y la incomodidad de ciertos silencios. Entre el deseo de compartir y la sensación de estar aislada. Entre la belleza de la ciudad y su crudeza. Fue una experiencia marcada por los contrastes: historia y presente, luz y sombra, palabras y ausencias.

Me queda claro que, aunque el silencio a veces parezca necesario, también hace falta, en algún momento, hablar. Poner en palabras lo que duele, lo que divide, lo que nos confronta. Porque, quizás, sólo así podamos encontrarnos verdaderamente y es nuestra profesión que nos tiene aquí presentes.

CLAUDIA MORILLO

LO QUE NO SE DIJO: ECOS Y SILENCIOS EN LOS MÁRGENES DEL CONGRESO

Volví de Atenas con muchas notas, pero sobre todo con muchas sensaciones. Algunas nítidas, otras más difusas, como aquellas que se instalan en el cuerpo sin llegar del todo a la conciencia, pero que marcan. Lo que más me interpeló del congreso no fue únicamente lo que se dijo desde los micrófonos, sino aquello que circuló en los márgenes: en los pasillos, en los silencios, en las pausas no programadas. Lo que se insinuó sin desplegarse del todo. Lo que no encontró espacio para ser formulado con claridad, pero cuya presencia fue tan tangible como lo enunciado.

En más de una ocasión, tuve la sensación de que el dispositivo del congreso —su ritmo, su estructura, su lógica— tensionaba algunos de los principios que, paradójicamente, más se reivindicaban en el contenido teórico. Se hablaba de terceridad, mutualidad, coconstrucción... y sin embargo, la escena institucional tenía, por momentos, algo de clásico, incluso de jerárquico. Las ponencias magistrales, el tiempo rígido para preguntas, el aura de ciertas figuras consagradas. No me pareció contradictorio, pero sí revelador. Como si ciertas formas relacionales aún no hubieran encontrado su equivalente en la forma de organizar y habitar un congreso.

La potencia relacional —al menos para mí— no solo sucedía en el escenario, sino en los espacios laterales. En los comentarios improvisados entre colegas, en las preguntas que se formulaban fuera de sala, en los gestos de complicidad que no quedaban registrados en ninguna grabación. Muchas de esas intervenciones no se daban por falta de tiempo, o porque el marco no siempre facilitaba que todas las voces pudieran entrar. No era una cuestión de temor o de sentirse “fuera de lugar”; era más bien una percepción de que el entorno no siempre favorecía la intervención espontánea, el pensamiento que surge en el momento y se arriesga a no estar del todo cerrado.

El congreso fue, sin duda, un lugar de encuentros y resonancias. Pero también, y quizás por eso mismo, fue un espacio donde se hicieron evidentes ciertas tensiones: entre lo dicho y lo no dicho, entre lo explícito y lo que quedó bordeando lo implícito. A veces, los conceptos fluían con claridad; otras, la teoría parecía adelantarse a la práctica institucional que la sostenía. Esa brecha me pareció interesante, no como un fallo, sino como un dato estructural: un reflejo de los desafíos que aún tenemos por delante quienes trabajamos desde un marco relacional.

Uno de los elementos más notorios del congreso fue la presencia del contexto político internacional, especialmente el conflicto entre Palestina e Israel. Las referencias fueron

abundantes, a veces incluso desplazando el eje de lo clínico o teórico hacia un posicionamiento explícito. En algunos momentos, agradecí profundamente que se hiciera lugar a lo político, a lo doloroso, a lo urgente. Sentí que la escucha analítica también debe estar abierta al mundo. Pero en otros momentos, experimenté cierta saturación. No tanto por el contenido, sino por la manera en que este ocupaba el centro, dejando poco espacio para que otras temáticas pudieran ser abordadas con igual profundidad. Me pregunté si no estábamos cayendo, sin quererlo, en una especie de monocorde ético que, en nombre del compromiso, podía acallar otras preguntas igualmente necesarias.

Hubo momentos de autenticidad, de apertura, de ternura incluso. Escenas pequeñas que rompían con la lógica más previsible: una intervención que se salió del guion, una emoción que se coló en mitad de una exposición, una pausa sostenida donde no había respuesta inmediata. Esos desvíos, esas grietas, eran los lugares donde el congreso respiraba. Donde lo relacional se encarnaba, no como teoría, sino como experiencia compartida.

También hubo intervenciones que lograron conjugar la solidez conceptual con una voz encarnada, sensible, abierta al diálogo. Algunas ponencias dejaron huella no solo por lo que dijeron, sino por cómo lo dijeron: con claridad, pero sin rigidez; con convicción, pero sin cerrar sentidos. Fueron momentos donde el saber se ofrecía más que imponerse, invitando a pensar juntas desde lo vivido, no solo desde lo formulado. Esos espacios, para mí, fueron verdaderamente inspiradores y confirmaron que es posible transmitir conocimiento sin renunciar a la humanidad del encuentro.

Me resulta inevitable pensar que los congresos, al igual que las instituciones analíticas, son espacios donde se juega mucho más que la transmisión de conocimientos. Son también escenarios de legitimación, de pertenencia, de exclusión. Lugares donde se decide quién puede hablar, desde dónde, y qué tipo de saberes son reconocidos como válidos. En ese sentido, lo que no se dice también forma parte de la narrativa. Los silencios no son vacíos, sino condensaciones de lo que aún no tiene forma o de lo que, por múltiples razones, no logra pasar al lenguaje público.

Quizás por eso me interesan tanto los márgenes. Porque en ellos aparece algo del orden de lo incierto, lo que aún está en proceso. Escuchar esos márgenes es una forma de reconocer que el pensamiento no solo avanza por afirmaciones, sino también por dudas, por interrupciones, por preguntas que no encuentran respuesta inmediata. Y porque a veces lo más transformador no está en lo que se dice con seguridad desde una tarima, sino en lo que se desliza en una conversación informal, en lo que se formula con titubeo, en lo que todavía no se ha dicho del todo, pero ya está operando.

Me quedo con muchas imágenes: la sala en penumbra mientras alguien habla con una voz temblorosa; la risa compartida tras una ponencia especialmente densa; una conversación

breve pero significativa al pie de unas escaleras. Ninguna de ellas estaba en el programa, pero todas forman parte de lo que me llevo. Y quizá también de lo que traigo.

Porque si algo me enseñó este congreso es que el pensamiento relacional no se impone, se permite. No se decreta, se construye. Y que, para ello, necesitamos espacios que no solo digan, sino que también escuchen. Que acojan no solo el saber formulado, sino también la experiencia vivida. Porque lo que no se dijo —al menos no en voz alta—, también estuvo ahí. Y sigue resonando.

MARÍA HERNÁNDEZ

Tras una plenaria potente, la 4ª, con cautivadores trabajos presentados Fabia Banella (italiana) y Alexander Levchuk (ruso exiliado en Georgia), mesa moderada por el elocuente Steven Kuchuck, acudí con intriga al Grupo de Discusión dirigido por Cathy Hicks (australiana), una de las mujeres veteranas y admiradas en IARPP por su buen hacer.

En la plenaria por fin se había nombrado el elefante en la habitación – qué pasa con los palestinos. A lo largo de las plenarios y paneles, ponentes y moderadores se hacían eco a la lamentable ausencia de último minuto de los compañeros psicólogos tanto de Israel como de Irán, debido a la escalada de tensión entre aquellos países. La directiva de IARPP y los anfitriones griegos se habían apresurado en habilitar las ponencias online, para que se pudieran presentar los trabajos previstos, aun con interrupciones por las sirenas de alarma antiaéreas. La presencia de la guerra penetraba el gran salón del hotel de Atenas. Sin embargo, en los pasillos y corredores la gente se preguntaba – y ¿por qué no se menciona a los palestinos? Esta realidad política ha permeado todo el congreso, como lo hace en la vida misma, siendo una vez más, la “consulta” un reflejo de lo que ocurre fuera de ella.

En el grupo de discusión, cada uno se fue presentando, indicando su país de “origen”. Numerosas australianas acompañaban a su compatriota Cathy; otras psicólogas de Estados Unidos y de Canadá; unas jóvenes compañeras del país anfitrión Grecia; y yo misma, de Madrid. El tema de la inmigración siempre me ha resultado interesante por mi propia historia como hija de españoles que inmigraron a USA y Canadá. Una australiana desveló su origen iraní; otra el suyo griego y su reencuentro con su familia griega gracias al viaje al congreso; otra de USA con origen Rumano y otra 1ª generación de refugiados de Polonia del holocausto. Notablemente un australiano también hijo de padres supervivientes del holocausto entró en la sala y expresó su sorpresa – dos australianas llevaban la kufiya en solidaridad con Palestina. Él se sintió afrontado por ese simbolismo – “parece que siempre tengo que estar pidiendo

perdón por ser judío!” espetó. Cathy hábilmente atajó la rápida escalada de respuestas que se empezaron a lanzar de un lado a otro del pequeño grupo en círculo, en lo que parecía un acting out de las tensiones que había fuera.

El grupo se calmó, y se pudo hablar de otro tema que surge cuando hay un grupo tan variado en idiomas – la prevalencia del inglés como el idioma de los congresos. Si bien un convenio es necesario, no es menos cierto que limita a personas que no sienten la seguridad del dominio del inglés tanto en ponentes como en la asistencia misma a los congresos y que desde mi bilingüismo y función ocasional como traductora es algo que me toca de cerca. Quizás hoy con la ayuda de la IA, se pudiera plantear superar la barrera idiomática. Sentí como la experiencia del grupo de discusión era distinto al resto del congreso, más interactivo, personal y cercano. Salí de esa sala, con unos pequeños brotes de conexión con otros interesantes profesionales, que ya dependerá de cada uno ir regando y estrechando lazos. ¿No es eso también una parte de nuestra perspectiva relacional?, pensé.

Otra primera experiencia formó parte de este congreso; tuve la oportunidad de moderar una mesa. Leí y me informé sobre los trabajos que se iban a presentar, preparando un pequeño resumen pues eran 3 trabajos, y había que dejar tiempo para la siempre interesante interacción con el público. Los cambios de última hora cambiaron el formato, siendo dos de los trabajos presentaciones online, por sus autores israelíes. El tercer trabajo fue presentado en persona, por una psicóloga arraigada en NY, con vivencias en Chipre y París. Al menos alguien más me acompañaba en la mesa! No era fácil seguir a las ponentes vía Internet; aunque su inglés era excelente, noté que la distancia hacía difícil seguir sus presentaciones. Además, las autoras habían preparado unas presentaciones en powerpoint. En persona, esto quizás facilitaría la comunicación, pero con la distancia, el no seguir el trabajo escrito en pantalla como se ha hecho habitual, dificultaba su comprensión. Eran dos trabajos muy interesantes y que justamente daban nombre a las desgracias que también están viviendo los palestinos, reconociendo que tanto unos como otros están sufriendo los horrores de esta guerra. Las doctoras Adva Balzam y Ruth Zeligman exponían y analizaban cómo se están utilizando unos stickers, puestos por toda la ciudad, para “conmemorar” el ataque de octubre 2023. El otro trabajo presentado por las doctoras Orit Dudai y Angi Jacobs-Kayam Sobre cómo utilizan el modelo de “estudio abierto” para, a través del arte, facilitar un trabajo terapéutico a la vez que ofrecer un espacio que “atestigua” las vivencias particulares de estos momentos tan traumáticos.

En este clima de máximo esfuerzo por mantener la atención, la tercera presentación fue un anti-climax. Un trabajo muy interesante presentado por la Dra. Marina Van Den Handel (con

la colaboración del Dr. Dr. Barry Magid) sobre una paciente que ansía la fama artística; hija de padres supervivientes del holocausto que quizás en defensa maniaca se lanzaron a un frenesí de fiestas y glamour, y que a lo largo de su terapia se hace evidente su falta de empatía, su vacío y demanda perpetua. Un trabajo que, gracias a la preparación para la mesa, permanece hoy aun conmigo. ¿Es posible que una persona con tan frágil y esquivia identidad, sienta empatía?, me preguntaba.

El hilo conductor de estos tres trabajos es el reconocimiento del trauma, ver lo “no-visto”, lo que está desenfocado, no reconocido y por tanto inexistente. Subraya la importancia del trabajo terapéutico de ver, ser testigo, validar y reconocer el sufrimiento, tanto individual como colectivo.

Lamentablemente, no puedo evitar reflexionar sobre el impacto de tan largo alcance de los traumas de la guerra. Aun hoy, 80 años tras la finalización del holocausto, se viven los efectos y traumas transgeneracionales. ¿Cómo va a reverberar en los que están sufriendo las guerras que azotan nuestro mundo actual y que son más cercanos de lo que pensamos; Palestina, Israel, Irán, Ucrania, Rusia, entre otros?

La participación en el congreso tiene muchas capas, escuchas y lugares distintos. Es la oportunidad de salir de la zona de confort, arriesgar en otros entornos, con personas mas o menos desconocidas, y la oportunidad de aprender de uno mismo y de los demás en estas relaciones. ¿Qué retos nos ofrecerá el próximo congreso en Toronto? ¿Nos atreveremos?

Violeta Terol

Escuchar desde el margen: ecos del Grupo Grande en Atenas

No hablé. No porque no tuviera algo que decir, sino porque había demasiado que escuchar. Me senté durante dos días en el Grupo Grande del congreso de la IARPP en Atenas, como quien entra a un espacio cargado de electricidad: con respeto, con inquietud, con los oídos bien abiertos. No era un grupo donde se viniera a resolver, ni a comprender del todo. Era, más bien, un espacio para soportar la incomodidad. Para dejar que algo, no siempre visible, nos atravesara.

Los facilitadores introdujeron la sesión con breves palabras. Después, se sentaron con nosotros, como parte del grupo. No lideraban, no contenían desde una posición externa, sino

que también se dejaban afectar por lo que surgía. Y lo que surgió fue un paisaje humano complejo, contradictorio, profundamente vivo.

El primer día comenzó con un sueño: alguien había soñado con peces. Pez grande y pez pequeño. Y a partir de esa imagen, se desplegó una conversación sobre poder, pertenencia y jerarquías. ¿Quién ocupa más espacio? ¿Quién se come a quién? ¿Quién puede hablar y quién no? Los roles no estaban asignados, pero se encarnaban. Algunos hablaban mucho; otros, como yo, guardábamos silencio, no desde la pasividad, sino desde la escucha comprometida. Y, sin embargo, no todos los conflictos tenían un lugar en ese escenario simbólico. El dolor de algunas compañeras se deslizó en la conversación como una interrupción necesaria. Ellas nombraron la experiencia de estar presentes, pero no incluidas; de no encontrar en la narrativa dominante el eco de sus propias historias.

También se habló de los que no estaban. Las sillas vacías. Las ausencias. El silencio de quienes no pudieron venir, o de quienes vinieron y no hablaron. Alguien recordó una polémica que había estallado en otra sesión: una ponente había recibido una alerta de emergencia para ir a un refugio. Se decidió continuar como si nada, bajo la lógica implacable del *"show must go on"*. Pero en el Grupo Grande, ese gesto fue puesto en cuestión. ¿Qué significa seguir como si nada cuando algo nos ha roto por dentro?

Otro momento que me atravesó fue cuando se habló del barrio donde se desarrollaba el congreso. Una participante griega dijo que le dolía venir a esa zona, tan marcada por la pobreza, las adicciones, la exclusión. Y entonces alguien preguntó: "¿Tenemos derecho a hablar de eso desde este lugar? Desde un congreso en un hotel cinco estrellas, con cena de gala, con credenciales colgando del cuello". Nadie respondió de forma concluyente. Pero ahí quedó la pregunta, como un espejo incómodo de nuestro propio privilegio.

Me fui de esas sesiones con la sensación de haber participado en algo que no se puede del todo nombrar. No fue una experiencia organizada ni amable. No hubo conclusiones. Pero hubo algo más importante: verdad, aunque fuera fragmentaria; encuentro, aunque fuera tenso; escucha, aunque estuviera llena de interferencias.

No hablé. Pero estuve. Y desde ese margen en el que me coloqué, sentí que algo se movía. En mí, en los otros, en el grupo como totalidad. Algo que no se deja atrapar por las palabras, pero que transforma. Quizás eso es lo que hace valioso al Grupo Grande: no lo que se dice, sino lo que se escucha. No lo que se resuelve, sino lo que se cuestiona. Y eso, en tiempos de ruido, ya es un acto profundamente político.

Julia Fernández Ferri

Mi primera experiencia en un congreso internacional de psicoanálisis relacional (IARPP) fue muy distinta a lo que había imaginado.

Recuerdo que, antes de ir, una compañera me dijo: "No vayas con la intención de entenderlo todo; simplemente siente la experiencia". En ese momento no comprendí del todo qué quería decir. Aun así, llevé mi libreta con la intención de apuntar todo lo que los ponentes expusieran. Sin embargo, me encontré con algo muy distinto, algo que iba más allá de absorber conceptos teóricos o de escuchar a personas que "saben", desde la posición de quien "no sabe", lugar en el que yo imaginaba colocarme.

Uno de los ponentes principales era Amir HJ Nadoushan, quien no pudo asistir al congreso por las circunstancias del momento: los conflictos entre Israel, Irán y Palestina. Me pareció interesante cómo, a veces, resulta difícil separar lo que ocurre dentro y fuera del espacio analítico, o en este caso, del espacio del congreso. El conflicto estaba latente en el ambiente: fue nombrado, sentido y procesado de distintas formas.

Escuchar la ponencia que Amir había preparado me hizo pensar en muchas cosas que permeaban ese momento. Ahora que la revivo con más perspectiva, desde casa, me doy cuenta de que el congreso se convirtió en un espacio intersubjetivo donde emergieron emociones compartidas como la frustración, la tensión, la tristeza o el enfado. Y, sin embargo, también se sostuvo la capacidad de escuchar, reflexionar y ampliar la mirada desde la curiosidad hacia las distintas perspectivas internacionales.

La ponencia de Amir, estructurada en siete experiencias, transmitía distintos matices de lo que ocurre tanto dentro como fuera del espacio terapéutico. Me llevó a pensar en mis pacientes, en el trabajo grupal, en mi experiencia en el congreso y en cómo comprendo hoy las dinámicas sociales actuales en diferentes países, donde el autoritarismo ofrece una ilusión de seguridad y donde aceptar la democracia, dentro y fuera de la sesión, no es tan fácil como podría parecer.

Durante el congreso hubo momentos en los que sentía que podía pensar desde una parte más democrática, pero también surgían pensamientos más tiránicos: "esto está bien, esto está mal". Esa oscilación me hizo valorar la pertinencia del título elegido para el congreso, que, desde mi punto de vista, nos situó con realismo frente al momento actual.

Después de leer a Amir y escuchar otras ponencias, comprendí que la democracia implica sostener tensiones y ambigüedades. Como escribe el propio autor: se trata de "llorar la omnipotencia perdida, confrontar las identificaciones heredadas y tolerar la imprevisibilidad de la vida".

En el momento II del texto de Amir, titulado “Cuando el silencio habla más fuerte”, pensé también en aquellas cosas que no fueron dichas ni representadas en palabras durante el congreso. Sentí aquello que Amir describe: el silencio del director de orquesta del grupo ya no era neutral, sino que reflejaba la ambivalencia del grupo hacia la autoridad. Esa figura se convirtió en una figura de ausencia, no como una pantalla en blanco, sino como proyección de cada autoridad fallida o temida que el grupo había conocido.

Creo que, en algunos momentos, no se trató de un simple conflicto, sino de un verdadero colapso del espacio simbólico. Kaës (2007) explica que, cuando el espacio psíquico compartido se ve desbordado por traumas no procesados, los miembros del grupo pueden formar alianzas defensivas para protegerse del colapso. El grupo entonces forja una coherencia temporal a costa de renunciar a lo que no puede integrar.

Amir cita a Winnicott (1971) con una frase que fue mencionada en varias ocasiones durante el congreso: “It’s a joy to be hidden, and a disaster not to be found.” Pienso que, en parte, eso fue lo que ocurrió con Palestina: estaba escondida, pero no fue encontrada. Es decir, no se nombró el genocidio en Gaza ni el inmenso dolor de su población. ¿Podría ser que fuera tan difícil de simbolizar, tan imposible de elaborar en ese momento, que se renunció a ello por no poder integrarlo? ¿Este fracaso más profundo de la transmisión simbólica nos hace perder una oportunidad de transformación? ¿Podemos realmente llegar a integrar algo así? ¿O cómo debemos seguir frente a todo lo que sigue ocurriendo en el mundo?

Tal como Amir expone en su experiencia clínica grupal, que refleja lo que sucede también en la sociedad, y que creo que ocurrió en el congreso, quedamos atrapados en un espacio intersubjetivo donde el crecimiento simbólico se teme tanto como se anhela.

Por último quiero destacar lo interesante que fue poder pensar en voz alta con los colegas. Me fui del congreso de Atenas con más preguntas que certezas, y con la sensación de que se abrieron nuevas ventanas, en lugar de cerrarse puertas con respuestas definitivas. Siento que eso lo hace más duradero dentro de mí; me permite seguir pensando dentro y fuera del espacio analítico, tanto profesional como personalmente.

Ignacio Blasco Barrientos
“En casa de herrero, cuchillo de palo”

Rescato el refranero clásico para nombrar lo que no fuimos capaces de nombrar. Una conferencia internacional de psicoanalistas relacionales donde no hubo espacio para una nombrar una realidad traumática, donde el silencio o la evitación reinaron por encima del deseo de compartir y pensar juntos en una de las situaciones más dramáticas que teníamos a exactamente 1215 kilómetros de distancia: Gaza, Palestina.

En los días previos al Congreso, Israel e Irán cerraron su espacio aéreo por ataques con drones y misiles. Esos mismos drones y misiles que durante los meses anteriores masacraron Gaza, asesinando civiles, muchos de ellos menores de edad. Nos centramos, con mucha sensibilidad, en los colegas Israelíes e Iraníes que no pudieron acudir, se hizo lo imposible por que estuvieran presentes; se pusieron todos los medios tecnológicos y humanos para poder conectar con ellos y darles una voz que había sido silenciada por decisiones políticas cargadas de tiranía y psicopatía, el esfuerzo de la organización fue titánico, es muy de agradecer.

A través de pantallas podíamos ver cómo en la intimidad de sus hogares, muchos colegas Israelíes compartían sus papers, desafortunadamente Irán cerró sus comunicaciones internacionales y ellos no pudieron ni conectarse online; Una situación que, particularmente me hacía sentir incómodo, fue que durante las intervenciones online me sentía incapaz de escuchar en profundidad sus trabajos debido a lo que realmente significaba lo que estaba pasando. En una de esas mesas, una colega israelí que estaba exponiendo en una Plenaria tuvo que cortar su ponencia y conexión a mitad de esta; Una alarma sonó en su teléfono, una alarma con un significado muy claro: "Peligro inminente de bombas, con la recomendación de ir a refugios preparados para ello". Con perspectiva pienso en cómo pudimos seguir con las ponencias tras eso, me incluyo, ya que pese a una incomodidad corporal no elaborada manifiesta en mí, fui incapaz de hacer nada, tampoco sé qué tenía que haber hecho. Y parece que no fui el único. Creo que tenemos mucho que pensar los que allí estuvimos.

Pero... ¿Y nuestros colegas Palestinos? En el congreso de IARPP de Nueva York tuve la oportunidad de conocer a colegas palestinos, así mismo, pude asistir a una de mas mesas más polémicas en las que he asistido como miembro de IARPP. Se titulaba "Voces de Palestina", mi vago recuerdo es que autoridades estadounidenses pasaron por el hotel del congreso para "informarse" de lo que se iba a hablar allí. Afortunadamente el diálogo permitió que se celebra la mesa no sin polémica (se alargó una mora más de lo programado). Dicho esto, ¿qué posibilidad tenía cualquier colega Palestino de participar en nuestro congreso en Atenas? Ninguna. Un drama que, insisto, no se nombró en ninguna penaría a la que asistí y que ningún colega me confirmó que se hiciera.

Quizá podamos rescatar a nuestros ancestros psicoanalistas para pensarnos como psicoanalistas incompletos, como seres humanos incapaces de estar a la altura de una realidad insoportable. He de pensar así para no caer en la posibilidad de que, intencionadamente, fuimos cómplices de un silencio incoherente a lo que predicamos; Una paradoja que teatralizamos en Atenas, la paradoja del silencio ante lo siniestro actuado por cientos de psicoanalistas.

Intento, desde mi empatía y alteridad, entender lo que allí ocurrió, intento pensar en que como humanos. (*"Todos somos mucho más simplemente humanos de lo que parece"* H.S. Sullivan), quizá fallemos en lo más básico. Que en Atenas nuestra vulnerabilidad, miedo o vergüenza nos hizo humanos, humanos cómplices del silencio ante la violencia más salvaje.

Mientras escribía esto sentía miedo por meterme en terrenos pantanosos, políticos, ser tendencioso, pero no, me he convencido de que lo que escribo, desde mi subjetividad y afirmación como ser humano es más que válida, no está contaminada por ideología alguna o dogmatismos férreos. Escribo desde la decepción que me generó la incapacidad de obviar, como comunidad internacional, la situación de Gaza, Gaza sin banderas ni geopolítica, Gaza como el horror humano, el escaparate de la banalidad el mal, la confirmación de lo lejos que estamos de una convivencia saludable. Eso no es una guerra, guerra es la que tenemos que librar contra nuestro silencio cómplice ante tal barbarie.